

BIBLIOGRAFIA

DE LA JUSTICIA Y LOS JUECES, por don Antonio Iturmendi y Bañales. Instituto Editorial Reus. Madrid. 1952.

A don Antonio Iturmendi, Ministro de Justicia y Amigo del País, le ha correspondido este año, en su calidad de Ministro del Departamento, leer el Discurso de Apertura de los Tribunales de la Nación. Es una ceremonia que con caracteres de rito, podríamos decir, viene celebrándose en España desde el año 1835. Ya se comprende que, por la época originaria y la solemnidad del acto, el Discurso ha de ser discurso en toda la extensión del vocablo. La Sala de Actos del Tribunal Supremo ha oído, durante estos cien años corridos, engoladas piezas oratorias de largos períodos empedrados de citas latinas, y frases redondas y ubérrimas. Pero don Antonio Iturmendi, hombre joven y moderno, está, felizmente, muy lejos de la oratoria ampulosa del XIX, y muy dentro de su tiempo, de hechos concretos y frases tajantes. Y, aunque su Discurso haya tenido que serlo nominalmente, por imperativo de una tradición, lo cierto es, que ha sido una lección profesoral, clara, apretada y precisa, una conferencia, en fin, seriamente documentada, ordenada metodológicamente y bien expuesta.

De la Justicia y los Jueces, ha sido el tema, que el autor, hombre de realidades, ha ido desarrollando, bien ceñido al toro, apoyándose en las mejores fuentes para llegar, en conclusión, a una triple llamada, llena del mejor sentido: ¡cuidado con la rutina!, ¡ojo al tecnicismo agarrotado y frío!, ¡seamos humanos! Leyéndolo, me acordaba yo, —salvando todas las distancias, ya se comprende—, de aquel buen juez Magnaud, de nuestros tiempos juveniles, que también quería huir y huía de la rutina, miraba con recelo al tecnicismo al juzgar y quería ser, por encima de todo, justo y humano. El señor Iturmendi, y con él todos los doctores en leyes, me perdonarán sin duda la cita; es que, durante la época universitaria yo era más lector de "Azorín" que de la Instituta; y que los profesores me perdonen

también, pero me parecía que Magnaud representaba mucho mejor el verdadero espíritu de justicia, que el propio Justiniano.

M. C.-G.



EPICA Y LIRICA VIZCAINA ANTIGUA. Dr. Juan Gorostiaga Bilbao, de la Academia Vasca. Publicaciones del Centro de Estudios Vascos de la Jefatura Provincial de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Vizcaya. Volumen I (Bilbao, 1952). 98 páginas.

El Dr. Gorostiaga ha reunido en un volumen de cien páginas una serie de documentos interesantísimos de la época más arcaica de la lengua vasca. Tomados de crónicas antiguas y de eruditos posteriores, he aquí una porción de textos nunca reunidos antes juntos y que nos permiten suponer lo que pudo ser la poesía popular vasca en los tiempos preliterarios.

En la primera parte el autor estudia el contenido histórico y social de estos documentos y hace algunas consideraciones lingüísticas que nos interesan especialmente. Se refiere a su interpretación de las glosas emilianenses como vizcainas, o si se quiere, para no precisar tanto, como "occidentales" y señala la importancia desde sus primeros textos de latinismos recientes, es decir, cultismos, así como palabras castellanas.

El autor señala cómo el término *ola* pasa de significar "corral, majada" a "ferrería" con el desarrollo de la minería. Alrededor de ciertas palabras, el autor deduce una porción de consecuencias para la reconstrucción de la vida material y de la organización social en los siglos oscuros de Vizcaya. En la historia lingüística de Vizcaya señala don Juan Gorostiaga la falta de personalidades capaces de expresarse literariamente en la lengua, sin que se pueda citar para el dialecto un Axular. Anotemos también que para el autor de este estudio, el vizcaíno coincide con el "caristio" (p. 26).

Un tercer capítulo trata de la técnica poética de los restos conservados. Es una métrica irregular, con asonancia mejor que consonancia y con irregularidad en cuanto al número de sílabas. El enjambement no se señala más que en un caso. En la aliteración hay

que señalar en vista de las observaciones de Gorostiaga que el vascuence va con las lenguas occidentales: latín, germánico, celta.

Sigue a continuación la enumeración de las fuentes y los criterios que han guiado al autor en la reconstrucción de los textos. El estado en que éstos han llegado a nosotros es textualmente muy complicado, y requiere un análisis detallado, a veces apoyado en lo que el autor llama "otros indicios de corrección" (p. 41), que son las traducciones o ciertos lugares paralelos.

No nos sentimos con autoridad en temas de épica medieval comparada para sacar partido de las reliquias reunidas diligentemente por el Dr. Gorostiaga. Paralelos como el señalado en la p. 49 entre

Gaitza zenduan, lenizarrok

y el famoso romance

Mala la hubisteis, franceses,

o la mención de un Preseval o Parsifal en las pp. 53 y 55, nos introducen en un ambiente épico al cual no fué extraña la vieja Vizcaya. Por lo demás, los temas son variados y además de las reliquias de cantares épicos, tenemos endechas, historietas, anécdotas.

En apéndice trata el Dr. Gorostiaga del famoso Canto de Lelo, al que niega auténtico carácter popular. Este mismo tema y el propio nombre de Lelo le preocupan también en los excursus finales.

Sólo elogios merece este trabajo, que nos pone en contacto con las reliquias de la antigua Vizcaya y que aporta debidamente criticados los dispersos materiales de la antigua épica y lírica del vasco occidental.

A. T.



BRUMAS DE NUESTRA HISTORIA, por *Fausto Arocena*.
Monografía núm. 10 de la Colección de Monografías Vascongadas
de la Biblioteca de los Amigos del País. San Sebastián. 1952.

Fausto Arocena, Cronista Oficial de la Provincia de Guipúzcoa, "El guipuzcoano instruído", como le llamaba, con frase feliz, el llorado Pedro Garmendia, después de haber abierto la Serie de las Monografías Vascongadas, de nuestra benemérita Editorial, con su interesante libro "El País Vasco visto desde fuera", que tan excelente acogida de crítica y público mereció, vuelve hoy, a la Colección, con un nuevo título, que es el que encabeza la nota.

Vigía adelantado, su autor, de nuestra investigación histórica, no es hombre que guste de volver sobre cosas hechas y está atento siempre a descubrir un otero oculto por las lomas que nos circundan, a aclarar hechos que no han quedado debidamente explicados o, a llenar un vacío que nos hemos dejado en la plantación, los demás. Pero esto, no con afán cominero de corrector, sino al contrario, con noble propósito de ensanchar el campo del conocimiento de la historia de su provincia que tiene, en él, el primer enamorado. En este libro de "Brumas", el título lo dice, ha echado su anteojo de largo alcance a veintisiete hechos históricos de nuestro país, que estaban ocultos por una niebla densa que no los dejaba ver. Los ha mirado, uno y otro día, a la hora del alba, cuando la luz es más fina, los ha vuelto a mirar a mediodía, con el sol en alto, que todo lo enciende, y los ha remirado de nuevo al atardecer, cuando el contraluz dibuja con trazo seguro, las siluetas. Y, entonces, ha recogido su artilugio y se ha dicho, ahí están. Y, en efecto, ahí estaban; ahora los vemos todos.

Luego, para que nadie lo dude, lo explica con la palabra justa y precisa, en una dicción limpia y afortunada que se oye con gusto y facilidad. Y como Arocena no es hombre que se conforme con palabras, por felices que sean, nos da a continuación el aparato erudito que encierra la prueba de su afirmación.

M. C.-G.



ETXANIZ'TAR NEMESIO. Izeko aberatsa. Irulearen negarra. Gazteiz, 1951.

Nuevamente nos regala Nemesio Echániz, con un pequeño volumen de breve apariencia, pero de mucha enjundia. Es de lamentar que muchos interesados desconozcan estas producciones del gran vate azcoitiano.

Consta aquél de dos obritas teatrales: una cómica y dramática la otra; la cómica se intitula *Izeko aberatsa*; es una trama de amores en que se interfiere una herencia; desarrollada la acción sin tropiezos ni violencias, llena de vis cómica, de diálogo vivaz, en el que los personajes son movidos con soltura de maestro. Y donde se inter-

calan cantares de subido lirismo, lo cual no es nada corriente entre nuestros poetas.

La segunda obrita, *Irulearen negarra*, es una adaptación de una leyenda del folklore vasco, "Las tres olas", que Araquistáin y Vinson la han divulgado; este último en su precioso *Folklore du Pays Basque*, en una selección de los más notables cuentos.

Muy bien escrita, en un *eusquera* natural y vivaz y alejado de prejuicios lingüísticos; como persona inteligente usa del idioma como vehículo para comunicar sus ideas de la forma más asequible y evitando lo que oscurezca esa comunión.

Es una buena aportación al Teatro de aficionados.

A. Y.



JOSE MARIA IRIBARREN. *Vocabulario navarro.* Seguido de una colección de refranes, adagios, dichos y frases proverbiales. Prólogo de Francisco Ynduráin. Diputación Foral de Navarra. Institución «Príncipe de Viana». Pamplona, 1952.

Más que lexicón, este interesante volumen de 650 páginas es además un estanco de modismos; pero no un cementerio de seres sin vida, sino una colección de objetos animados que conservan el olor de campo, pescados con certera puntería y trasplantados al papel con ese arte peculiar del autor.

Iribarren, conocido escritor, se nos ha descubierto en un aspecto nuevo, de lexicógrafo, y ha echado mano de su dilatada erudición para presentarnos una obra de mérito que le ha debido costar un tenaz trabajo, y que sin duda tendrá larga vida.

Abarca unas 16 mil voces tomadas en su particular acepción de Navarra, que a veces no es sólo de allí, y encuadradas la mayor parte en el dicho, frase, taca, donaire o copla apropiada y vivaz, que es la salsa de la obra, por lo que hace reír al lector a cada paso.

Esta jocundidad y humor es, a no dudarlo, el mayor atractivo de un libro erudito, pues yerran los autores que se queman las cejas veinte años para parir al fin una obra densa y seca, atiborrada de extrañas y difíciles citas y referencias que hacen apartarse automáticamente a muchísimos posibles lectores.

En esto tiene sobrada razón un cronista cuando refiriéndose al

éxito inesperado de librería de dos obras escritas ex profeso en estilo fácil, del sabio historiador francés Ferdinand Lot, dice:

“Il est très fâcheux que la plupart des savants ne veulent pas, au moins une fois dans leur vie, faire l'effort d'écrire à l'usage de ceux qu'on appelait au XVI siècle les honnêtes gens, c'est-à-dire des non spécialistes, cultivés et curieux, mais peu disposés à se perdre dans les “sources”, les bibliographies, les subtilités critiques. Ferdinand Lot avait, lui, accepté avec plaisir.

Cependant, il fut très surpris du succès de ces deux volumes.

—Je ne pensais pas, conclut le savant, qu'il y avait tant d'acheteurs pour l'Histoire.

Hé oui! Le public est meilleur qu'on ne le croit dans certains lieux. Mais, si j'ose dire, il ne faut pas le prendre à rebrousse-poil. Si vous voulez être lu, donnez-vous la peine d'être lisible.”

Para mostrar al lector la propiedad y gracia con que el autor caza sus modismos y regala al lector, copio del artículo *Ingüento*: “Un viejo campesino tudelano que servía de modelo a un pintor, trataba de estarse quieto como una estatua... un día que el pintor se pasó mucho rato observando al modelo... ladeando la cabeza y entornando los párpados, creyó el viejo que *estaba faltando*, y se lo dijo, añadiendo: “Como me miras tanto y no coges *ingüento*...”

En el artículo *jornal* leemos esta copla festiva:

No dejes burra a jornal
ni mujer joven a fiestas
mira que te encontrarás
pobre, cornudo y sin bestia.

En coplas de gracia atrevida hay cosas curiosas: Aún se canta en Corella ésta de los gozos de San Benito que cita el autor:

“Un inserto venenoso
l'icharon en la comida
dió la bendición el Santo
y el sapo se volvió anguila”.

Una vez fué a Tudela, cuenta Iribarren en el artículo *baldes*, un señor gigantesco. Le seguían pasmados unos chiquillos, y él se encaró con ellos: —¿Es que no habéis visto nunca un hombre como yo? —De baldés, no señor —le contestó uno descarado.

El *palabro filómeno* se usa en la Ribera por *fenómeno*; un tudelano trató de colarse en un baile de Carnaval, disfrazado de mujer.

A la tercera intentona, el portero le arremangó uno de los brazos y le dijo: —¿Tú mujer con esos pelazos? A lo que contestó el aludido, con voz atiplada: —¿No hay filómenos u qué?

El autor cuenta que a los de Gallipienzo les dicen en guasa: que una vez en una procesión cayó un burro al patio, y es porque la calle tiene unas laderas muy empinadas.

Mezclados con estas pullas de tonillo ribereño, aparecen en el libro una gran cantidad de vocablos vascos o de origen vascongado. Hay columnas en que lo son todos.

No sólo se han admitido los empleados en zonas de castellano, sino muchos exclusivos de la tierra del *vascuenz* como se dice aún en Navarra: así *guacen*, *euscaldun*, *gora*, *euscara*, etc., que parece corresponden al diccionario eusquérico. Esta fuerte impronta vascongada en el castellano de Navarra no empece que allí se haga la neta distinción entre navarro propiamente tal y vascongado; el navarro califica de *vasco* al que habla la lengua; y delimita ambas denominaciones; siguiendo en esto el uso que se observa también en Bayona y país vasco-francés, ajeno a interferencias de orden etnológico, lo cual parece un criterio razonable.

Hay muchos vocablos de zona castellana que se han perdido en las zonas vascófonas o que corresponden a elementos desconocidos en éstas, plantas, bichos y labores.

La sintaxis vascongada se ha conservado en el castellano de la zona media: un hombre de Añorbe, dice Yribarren, al ver preparativos en el comedor exclamó: “¡Qué mantel mas majo! qué, ¿hay güéspedes ó...?” O también: “Fuimos a Puente la Julia y las dos”.

Se emplea la palabra *vulcar* por tumbar (vasc. *bulkatu*) así se dice: “cuando tenía quince años le vulcó en el monte (se dijo) un pastor”.

Los vocablos *céndoco* y *zarri* (Estella) sin duda proceden de *el cendoco* (eltze ondoko) y *el zarri* (eltze arri) que quieren decir lo mismo que aquellos: hierro (o piedra) para sostener el puchero.

El pamplonés *chanchigorri* no parece tener la etimología que trae el autor; antes bien será *ganchichigor* que quiere decir manteca frita (*ganchigor*).

En Oteiza de la Ribera se dice a la lagartija *sagundil*.

Los vocablos *achola* (Subiza), iso, son deformación fonética o gráfica de *ashola*=cuidado y *sho*=silencio.

De Mélida (Ribera) anotamos en el juego de niños una fórmula de eliminación que se dice hoy mismo allí: “*Cuco neco—aña neco—trosa ñeco—chiviri pon—chon po*” y que tiene parecida configuración a las: “*Arriola marriola—kin—kuan—kin—portan zela portan min... etc.*” que decimos en vascuence.

En Estella, dice el autor, se grita *Agó!* para hacer detener al ganado. *Agó!* en vasco es detente! en Mérida también dicen *tó!* a los autos. En Sada de Sangüesa se dice *ará!* de asombro; exactamente se dice en vasco. Así como la retahíla que se usa: *Ará, ará—chápitel de Sadá*, que sería *Sará*, pues rima mejor y es el antiguo nombre vascongado de *Sada*: el gentilicio de este pueblo *sadaco*, también es vascuence. En Ibero, Artazu, Cirauqui, Barasoain, también conservan los gentilicios de aquel tiempo.

Un documental precioso, en fin, donde el filólogo y el vascólogo encontrarán amplia materia para ulteriores trabajos, y el lector sencillo un jocosos anecdotario popular.

A. Y.



SANTA TERESA DE JESUS ENFERMERA, por don Pablo Bilbao Arostegui. Editorial del Seminario de Vitoria. 1952.

Don Pablo Bilbao Arostegui, cabeza clara y juicio ponderado y preciso, ha hecho un breviario de erudito. El podía, con o sin silogismos, haber sentado una tesis y deducido unas consecuencias. Pero no ha querido. Se diría que pretendía ir a lo menos, que ya era mucho en este caso, de extraer de los textos de la Santa de Avila, sin dejar una, todas las frases, por mínimas e insignificantes que parecieran, que se refieren a la salud de ese cuerpo. Sin embargo, lo evidente es que ha hecho mucho más; las ha ordenado con método científico y las ha engarzado, unas con otras, con unas palabras suyas, pocas, pero exactas y justas, dándoles ilación y continuidad. Y ha logrado que sea la propia Santa quien nos diga, en conversación corrida, lo que ella pensaba de la importancia del cuerpo y su cuidado.

Leyéndolo, y pensando en el improbable trabajo que se ha tomado don Pablo Bilbao, para hacer mucho, dándonos la sensación de que hacía muy poco, como si no pretendiera más que poner de manifiesto el pensamiento humano de la mística Doctora, me acordaba yo de los afanes con que las monjitas carmelitanas prepararan el altar de su Patrona, en la festividad de la Novena. En realidad no hay en el altar, mas que la Santa, pero las manos emocionadas de sus hijas ponen una flor aquí y otra allí, y velas y más flores, arriba y abajo, y componen un altar que es un regalo para los devotos.

M. C.-G.

EL PATIO DE CABALLOS, por José M.^a Iribarren. Librería General de Zaragoza. 1952.

José María Iribarren, "ojos y oídos" de Navarra entera, en toda su difícil geografía y psicología abrupta, había venido ofreciéndonos, hasta ahora, su labor de infatigable "cameraman". No descansaba; cogía su máquina, que no era más que una pluma, y subía al Pirineo, aunque nevara, o bajaba a la ribera, sin que le importara que el sol quemara las mieses y las uvas, para oír un cuento popular o una jota, ver desfilar un entierro típico o asistir a un baile mozos y mozas, y navajas relucientes a la luz difusa del alba. Y legua a legua recorrió una y otra vez la intrincada red viaria de la provincia, al paso de los "corricolaris", aunque descansando en las ventas, a la hora precisa, para ver comer a los "tripaundis" y echar un trago de caminante. ¡Buen vino el de Navarra, para el trajín del camino!

Pero ahora, Iribarren, se ha aupado sobre el folklore y ha puesto en tensión una cuerda de violín, que llevaba dentro, para hacerla sonar a placer. Y ha cantado paisajes, rincones y escenas, con amoroso gusto, delicada ternura y primor literario, haciendo de la Navarra de su folklore, una delicada romanza. Pero hay ocasiones, deliberadamente truculentas, en que a la cuerda de su violín la hace sonar a guitarra, a buena guitarra, desde luego, pero guitarra ronca, y su sonido es desgarrado. Yo la prefiero cuando suena a violín. Pero comprendo, que en Navarra, tierra fuerte y dura, ha de ponerse en juego el bordón aunque duela el alma.

M. C.-G.



TAMBORIL, por E. Calle Iturrino. Bilbao. 1952.

En nuestra tierra, a todos nos ha despertado con frecuencia, en mañanitas luminosas de sol o húmedas de lluvia, el agrídulce sonido del chistu acompañado de la caja, que pasaba bajo la ventana entreabierta. Hoy nos despierta de otros sueños, el poeta E. Calle Iturrino, que va de fiesta también:

"Mañana de romería:
viento y flor, Pascua de Abril;

antes que despunte el día
sonará la algarabía
de mi alegre tamboril.

Venid conmigo, romeros,
seguid de mi paso en pós,
sobre floridos senderos
vamos los tamborileros
por esos mundos de Dios."

Difícilmente podríamos resistir tan tentadora llamada y nos calzamos las alpargatas blancas, al punto, dejamos suelto el cuello de la camisa y nos unimos a la romería del poeta, seguros que no nos ha de pesar:

"la muerte no nos espera
que aún son tronco en la ladera
las tablas del ataúd."

Y el poeta, impulsado por el mejor aliento, acompañado de su caja de pergamino, los brazos, al viento, como aspas de molino, va cruzando ríos, atravesando valles y subiendo montañas, dejando en cada hito, su canción. Es la suya, una romería entonada y bulliciosa, llena de ritmos, matices y colores que no dan tregua al romero, que la sigue anhelante viendo salir de cada árbol y cada zarza, el pájaro que llena el aire de trinos. Un bello libro que confirma la alta calidad poética de E. Calle Iturrino.

M. C.-G.

